



Por Dr. Daniel Pasquevich
pasquevichd@yahoo.com.ar

...La presencia de tanta gente, ansiosa por recibir a María, el gran número de fotógrafos y periodistas expectantes, y el colorido de las banderas de Polonia, Francia y Estados Unidos, izadas especialmente para la ocasión, daban cuenta de ello.

LA HISTORIA DE MARÍA

La multitud comenzaba a impacientarse. El "Olimpia" había entrado a puerto hacia ya un largo rato, y aún la pasarela no había sido extendida. Algunos pasajeros saludaban desde el barco, mientras otros observaban en silencio la algarabía que reinaba en el muelle. "No creo que se encuentre allí, su precario estado de salud no se lo debe permitir", pensó la Sra. Meloney, pero no obstante buscó con su mirada a María entre los pasajeros ubicados en la cubierta, mientras protegía sus ojos del reflejo del sol.

A pesar de la larga espera, la Sra. Meloney no estaba impaciente. Por el contrario, disfrutaba del espectáculo. La multitud reunida allí, ese soleado y frío día de primavera, representaba el triunfo de su iniciativa, la respuesta a su campaña, y en suma, el éxito de la labor periodística que organizara desde su revista. La presencia de tanta gente, ansiosa por recibir a María, el gran número de fotógrafos y periodistas expectantes, y el colorido de las banderas de Polonia, Francia y Estados Unidos, izadas especialmente para la ocasión, daban cuenta de ello. Si bien María era una mujer muy conocida en Europa, Meloney había considerado necesario relatar y difundir entre los ciudadanos, especialmente durante las últimas semanas, la historia de esta mujer tan especial. Reconocida con orgullo por su Polonia natal y querida por su país adoptivo, Francia, del cual tenía también el agradecimiento de los cientos o miles de vidas -nadie lo sabía con exactitud- de

soldados franceses que había salvado durante la reciente guerra con Alemania utilizando su asombroso descubrimiento. En el camarote, María contemplaba sus manos. Las llagas parecían haber mejorado. Tal vez por el aire marino, o tal vez por el forzado descanso de estas últimas semanas que ella misma se había impuesto al emprender el viaje a Estados



M. Curie

Unidos. Pero el dolor seguía allí, siempre presente. Ya formaba parte de su vida. Debía remontar muchos recuerdos para establecer en su mente el momento preciso en que los ácidos lastimaron por primera vez su piel. Pero en aquel tiempo -ya habían transcurrido más de veinte años- esas pequeñas ampollas y heridas no le preocupaban en absoluto. Ella era joven y su piel sanaba rápidamente, y en realidad, lo único que contaba y a lo cual dedicaba toda su atención, día y noche,

residía en descubrir el origen de los rayos uránicos. Recordaba la mañana que a la puerta de su precario laboratorio llegó un carro tirado por caballos y cargado con cientos de kilos de minerales de uranio provenientes de la producción de vidrio de la región de Bohemia. Todo fue molido y procesado por ella. Durante meses trabajó incansablemente, poniendo a prueba nuevos métodos químicos y utilizando litros de ácidos que le permitieron aislar, primero, el Polonio y, luego, el maravilloso Radio. Los dos elementos descubiertos por ella en el uranio. Y fue a partir de aquí que sus manos comenzaron a empeorar. Al principio no reparó en ello. Un dolor fantasma, un simple y tenue ardor, o una punzada aislada en las llagas que nunca curaban fueron los primeros síntomas. Pero, la fascinación que en ella ejercía la investigación de los rayos emitidos por el Radio dejaba atrás cualquier preocupación. Muchas veces, ella y Pierre visitaban el laboratorio por las noches sólo para ver la luz que irradiaba en la oscuridad la pequeña cantidad de Radio confinada en sus tubos de ensayo. [Este elemento es único! -coincidían ambos-, incluso superior al mismo uranio en la intensidad de las radiaciones. No tan sólo producía luz propia, sino que generaba emanaciones que también producían rayos invisibles e inducía incluso a emitir radiación a otras sustancias que permanecían próxima durante un cierto tiempo. El sordo ruido de la pasarela al chocar contra el muelle y el bullicio de los primeros pasajeros que descendían hizo

recordar a María en donde se encontraba. "Esperaré a Eva e Irene para que me ayuden con el equipaje", pensó mientras se recostaba en su cama a la espera del regreso de sus hijas. Con los ojos cerrados, volvió a sus recuerdos. Nunca podría haber imaginado que las radiaciones emitidas por el Radio tuvieran la capacidad dual de curar y de

su propio brazo. Parecía ser ayer cuando él relataba su informe a la Academia: "La piel ha tomado un color rojo, la apariencia es como la de una quemadura, pero es apenas dolorosa. Al cabo de unos días, el color, sin extenderse aumenta su intensidad. A los veinte días se forman costras, a los cuarenta días la epidermis ha empezado a cerrarse por los bordes, a

... tenía el agradecimiento de los cientos o miles de vidas de soldados franceses que había salvado durante la reciente guerra...

dañar, y permitieran ver en el interior del cuerpo humano. Recordaba aquella tarde que intentaba explicar, a sus pequeñas hijas, la razón de sus investigaciones: "El Radio puede ser comparado con un diminuto Sol, puede dar calor y luz, pero también es peligroso si te acercas mucho, puede lastimar la piel". Y ahora, pensando en sus propias palabras se daba cuenta de lo acertada que estaba. Tiempo después, cuando sus niñas fueron más grandes, les contó el experimento que

los cincuenta y dos días después de la acción de los rayos queda aún una especie de llaga... con el tiempo la piel vuelve a estar sana"

Ella sabía la razón del por qué sus manos no se curaban. Cientos, miles de veces había sostenido entre sus dedos los tubos de vidrio o las cápsulas que contenían las sales de Radio. Pero le resultaba imposible abandonar sus investigaciones. Había tanto que aún ignoraba sobre sus propiedades terapéuticas, y sobre las

Todo fue hecho público. No podían aceptar que la ciencia y la salud no estuvieran al alcance de todos

había realizado Pierre, que en su afán de investigar el efecto del Radio sobre la piel sometió su brazo a la acción de los rayos, hasta inducirse una llaga, cuya evolución observó durante semanas, comprobando que era de difícil curación. Recordaba que Pierre escribía la evolución de la llaga como si se tratara de un experimento en el laboratorio, y no en

radiaciones que emitía, que todo nuevo avance en el conocimiento podría significar un enorme bienestar para la humanidad.

¡Porque el Radio podía matar células cancerosas! Recordaba su sorpresa cuando sabios alemanes anunciaron los efectos benéficos que sobre tumores, y ciertas formas de cáncer producía el

Radio que ella les facilitara. La noticia recorrió toda Europa en pocos meses y una industria del Radio aplicada a la salud tomó vigor. Muchos se le acercaron para comprar su conocimiento, o para asociarse. "¿Cómo obtener Radio? ¿Qué método utiliza? ¿De dónde se lo obtiene? ¿Hay que usar el Radio o sus emanaciones?". Todas estas preguntas, y más, se la hacían con el interés económico que muchos creían ver en la producción de esta nueva sustancia. Pero ella y Pierre tenían un solo socio. "La Humanidad". Publicaron todo lo que sabían, todo lo que habían hecho en su precario laboratorio, todos los métodos, describieron los instrumentos necesarios para medir la radiación del Radio, explicaron todos los fundamentos. Todo fue hecho público. No podían aceptar que la ciencia y la salud no estuvieran al alcance de todos.

El Radio se convirtió en poco tiempo en el metal más caro del mundo. Incluso más caro que el oro. Las aplicaciones terapéuticas se extendieron rápidamente abriendo nuevas aplicaciones y dando una luz de esperanza a muchos. Pero, María sabía que todavía había mucho más por hacer, el Radio aún ocultaba mucho de sus propiedades, recordaba su aplicación a los soldados heridos, el aparato que ella diseñó y que salvó tantas vidas. "Por ello, -pensaba María- este viaje a Estados Unidos es tan importante, el gramo de Radio que recibiré..." "¡Mamá!" -el grito pronunciado por una de sus hijas al ingresar visiblemente agitada al camarote, interrumpió sus pensamientos- "la Sra. Meloney está aquí afuera y varios fotógrafos nos esperan en el muelle".

HORIZONTE

EL SEGURO DE LA PATAGONIA

Casa central: San Martín 442 - Viedma R.N. Tel. 02920-430555
Sucursal Bariloche: Moreno 508 - Bariloche R.N. Tel. 02944-427710
horizontebariloche@speedy.com.ar